

cio. Cuanto predica el *comunismo*, tiene un vivo sentimiento de los abusos del *individualismo* llevado al extremo. Nada más justo que los dos principios y nada más sencillo que conciliarlos: sin individualismo, ninguna libertad; sin comunismo, ninguna igualdad. En la fórmula de la organización, el elemento de la comunidad representa la unidad, y el elemento individual la variedad. Su acuerdo se halla en la *asociación*, y la asociación es la armonía. La asociación, hé aquí el remedio de la anarquía que trabaja las sociedades modernas. Es la última palabra de las escuelas socialistas, es también, pero en una acepción más extensa, tanto como asociación moral, religiosa y pedagógica, cuanto como asociación de producción, de consumo ó de socorros, el fundamento del ideal de la humanidad.

II.

HISTORIA.

La filosofía, no es toda la ciencia, sino la ciencia de los principios; solamente ella abraza todos los principios; es una ciencia universal que se extiende á todos los dominios de la realidad. Los principios son el objeto de un conocimiento racional, independiente de la observación; pero al lado de los principios existen hechos ó fenómenos, que son objeto de un conocimiento experimental. Tal es el lugar de la *historia* en el sistema de la ciencia una y entera. La historia no es tampoco toda la ciencia, sino la ciencia *de los hechos*; solamente se aplica á todos los hechos y no es ménos universal que la filosofía. La historia en su más lata acepción es todo el *sistema del conocimiento experimental*.

La historia es á la filosofía, como los hechos son á los principios. La una tiene por objeto lo que llega á ser, lo que es ó ha sido; la otra, lo que debe ser, lo que es inmutable y necesario. La historia es la ciencia de la *realidad*, como la filosofía es la ciencia de lo ideal. Los hechos son las manifestaciones de la vida en el *pasado* y en el *presente*, la realidad se detiene en el instante actual, en el umbral del porvenir: tales son además la significación y el límite de la historia en el tiempo: á la historia no concierne la existencia eterna, sino la vida; no se apoya sobre el destino futuro, sino sobre los acontecimientos contemporáneos ó pasados, mientras que lo

ideal es aplicable á todos los tiempos. Los principios de la filosofía se expresan *à priori* bajo la forma de un juicio universal y apodíctico; los hechos de la historia se expresan *à posteriori* bajo la forma de un juicio afirmativo y singular ó particular. La historia no emplea más que el método analítico, porque la intuición basta para comprender los fenómenos, y el conocimiento de las causas traspasa ya los límites de la observación pura; si los hechos pudiesen deducirse unos de otros como los principios, no serían contingentes, sino necesarios, y la historia podría construirse *à priori* para lo venidero como para lo pasado. Al contrario, la filosofía debe recurrir á los dos procedimientos del método, á la intuición y á la deducción.

La historia y la filosofía son *independientes* una de otra, pero deben completarse mutuamente. No es indispensable conocer los principios para esponer una serie de hechos, ni conocer los hechos para desarrollar las consecuencias de un principio. La intuición opera sola por un lado, y el razonamiento por otro. Es necesario, además, en historia, ponerse en guardia contra los principios ó contra las teorías preconcebidas, para no exponerse á desnaturalizar los hechos. Esta es la principal *dificultad* de la ciencia.

Se trata en la historia de sentar hechos, todos los hechos, nada más que hechos. Pero ¿cómo distinguir un hecho real de un hecho apócrifo ó imaginario? ¿Cómo separar la realidad de la apariencia ó de la ilusión? Respecto de los hechos pasados ó remotos, debemos referirnos al *testimonio* de otro; pero el testigo ¿no tiene algún interés en faltar á la verdad, ó no está involuntariamente bajo la influencia de las preocupaciones de casta, de secta ó de nación, que le oculten la verdadera situación de las cosas y le impidan conocer el valor de los hechos? Es lo que en efecto acontece frecuentemente. La crítica entonces debe ejercerse, y es tan bien ejercida en nuestros días, que casi tiene enteramente rehecha la historia antigua que nos habían dejado los antiguos. Respecto de los hechos presentes que estamos en estado de *observar* nosotros mismos, la certeza es más fácil de adquirir. Gracias á la cultura general del espíritu, los historiadores modernos son mejores que sus predecesores en estado de ver los hechos en sí mismos, con calma é imparcialidad, abstracción hecha de toda opinión sistemática. Y no obstante, es frecuentemente muy difícil en las operaciones delicadas del análisis ó aun en la confección de las estadísticas contemporáneas, convencerse de la existencia de un hecho. En materia de fenómenos so-

ciales, todo está afirmado y desmentido sucesivamente. Se conoce la anécdota de cierto historiador inglés, que, queriendo refutar victoriosamente un hecho consumado en su presencia, arrojó al fuego los volúmenes que acababa de componer sobre los tiempos primitivos de la humanidad. Gracias á nuestras prevenciones, no estamos muy dispuestos á trasformar un problema de historia en un problema de filosofía, á sustituir un razonamiento en un hecho. Que se recuerden estas palabras de José de Maistre: «No se trata de saber si el Papa es, sino si *debe ser* infalible.» Debe repetirse que es necesario escribir la historia *sine ira et studio*, ó que se deben probar los hechos tal cual son, cualesquiera que sean, resulte lo que quiera. Mutilar los hechos para acomodarlos á una teoría, es engañar al género humano. Que se diga la verdad pura y simplemente, y que la teoría se coordine como pueda. Sólo las falsas teorías tienen que temer los hechos. Tal es la independencia de la historia frente á la filosofía, y esta independencia constituye su *dignidad*.

+ ¿Cuáles son los hechos de que debe ocuparse la historia? Todos los hechos observados por nosotros ó sometidos á la observacion de nuestros semejantes, y trasmisibles por vía de testimonio. La historia es una *ciencia enciclopédica* que comparte con la filosofía el imperio del conocimiento. Los hechos relativos á la sociedad, á las leyes y á la organizacion del Estado pertenecen á la historia política, que frecuentemente absorbe la historia entera; pero todas las instituciones y todos los usos de los pueblos cultos, costumbres, lenguas, letras, artes, trages, industria, agricultura, comercio, en una palabra, todo lo que refiere, ya á la vida individual, ya á la vida pública, tiene igualmente su historia. Importa sobre todo respecto á las costumbres y religiones no confundir la historia con la filosofía ó el conocimiento experimental con el conocimiento racional: introducir la experiencia en la teoría moral, en la ciencia del deber, proponer como modelos y como ideal los hombres que se han creado una posicion brillante por la astucia ó la violencia, es el *maquiavelismo*. Pero la historia no se limita ni siquiera á delinear la vida de la *humanidad*; tiene por objeto la vida del *espíritu* y de la *naturaleza*. Los fenómenos por los cuales se manifiesta nuestra actividad interna entran en la historia del alma, y los fenómenos exteriores en la historia natural. Cada órgano, cada especie de cuerpo, cada astro tiene su historia. La historia de la tierra forma parte de la historia del cielo en el sistema general del conocimiento experimental;

pero debemos aquí confesar de nuevo que nuestro pensamiento en esta vida no alcanza todos los objetos de la ciencia. Esta limitacion es mucho más sensible respecto á los hechos que respecto á los principios, porque los principios, dirigiéndose á la razon pura, son independientes del espacio y del tiempo, mientras que los hechos externos se dirigen á los órganos materiales, cuya extension tiene necesariamente límites. Si hay una historia del mundo, Dios la conoce; pero ¿qué sabemos sobre la tierra? Casi nada, algunos detalles concernientes á nuestro globo, es decir, una mínima parte de una fraccion infinitamente pequeña del espacio en una fraccion infinitamente pequeña del tiempo.

La *utilidad* de la historia se saca de la experiencia, como la de la filosofía de los principios. La observacion forma un sistema de conocimientos, la razon forma otro: ámbos son indispensables á la organizacion de la ciencia una y entera, y constituyen respectivamente su parte analítica y su parte sintética. La experiencia es una fuente inagotable de conocimientos originales, que son propios á cada humanidad parcial, segun la posicion que ocupa en el universo. La historia es, pues, útil en sí misma, como parte de la ciencia. Además sostiene la filosofía, como el análisis prepara la síntesis. Los hechos alimentan el pensamiento, enriquecen la memoria, ejercitan el entendimiento, previenen los extravíos de la imaginacion y sirven de prueba á los principios de la razon. El conocimiento exacto de la realidad permite probar el valor de una série de deducciones. Si los principios de la síntesis terminan por razonamientos irreprochables en consecuencias evidentemente contrarias á los hechos, deben condenarse los principios, porque la verdad no puede estar en contradiccion consigo misma; los principios no son legítimos, si no están confirmados tarde ó temprano por hechos ciertos. La realidad histórica es, pues, la piedra de toque de las teorías filosóficas.

No olvidemos, sin embargo, que la historia tiene dos dominios bien distintos, como ciencia de los hechos del *mundo físico* y como ciencia de los hechos del *mundo moral y social*. En el primero, reina la fatalidad ó el determinismo; en el segundo, la libertad: de donde se sigue que los fenómenos de la Naturaleza son siempre lo que deben ser en virtud de sus leyes, mientras que los hechos sociales, engendrados por agentes libres, sometidos al error, están frecuentemente en oposicion con las leyes de la vida racional. Solamente en el mundo físico la comparacion es decisiva entre los he-

chos y los principios, ó la teoría debe regularse sobre la observación. Al contrario, en el mundo moral y social, el conflicto entre los principios y los hechos debe interpretarse en favor de los principios. Las malas leyes ó las costumbres corrompidas en algun punto del espacio y del tiempo, nada prueban contra las leyes eternas de la justicia y de la moralidad. Las instituciones sociales son el hecho humano, las leyes están fundadas en la naturaleza de las cosas: á los hombres toca conformarse á las leyes de la razon, en la medida que las conocen, y no á las leyes acomodarse á los caprichos, errores y pasiones de los hombres. Importa no confundir estos dos dominios de la historia, so pena de desconocer la perfectibilidad del espíritu, fuente del progreso, y de introducir el fatalismo de la materia en la marcha de la civilizacion. La *historia natural* es la ciencia de las creaciones de la Naturaleza, en que todo lleva el sello de la necesidad, de la continuidad, del encadenamiento y de la organizacion; la *historia política* es la ciencia de las creaciones del espíritu humano, en que todo lleva el sello de la libertad, de la abstraccion, de la fantasia y de la imperfeccion. Bajo la relacion de regularidad y determinacion, la primera es superior á la segunda; mas, por el contrario, la historia de la humanidad señala el movimiento ascendente y múltiple de los seres racionales que aspiran á lo ideal, miéntras que la historia de la naturaleza marca la permanencia y la uniformidad de las fuerzas físicas que repiten incesantemente las mismas formas en las mismas condiciones.

La historia y la filosofía se combinan en la filosofía de la historia. La filosofía de la historia se aplica de nuevo, ya á la vida de la Naturaleza, ya á la vida de la Humanidad. Pero aquí la ventaja pertenece, sin contradiccion, á la segunda aplicacion, que dá á conocer, bajo otro aspecto, la utilidad de la historia de los Estados y que demuestra nuevamente la union de la teoría y de la práctica. El ideal de la Humanidad no se ha alcanzado; la sociedad moderna debe mejorarse todavía; el progreso interesa al presente y al porvenir, al ménos, tanto como al pasado. La ciencia de las mejoras sociales ó de las reformas que son llamadas á trasformar las instituciones actuales y á desenvolverlas gradualmente en el sentido de lo ideal, es la *política*. Pero la política, como ciencia, reposa sobre una doble base; por un lado, sobre el conocimiento histórico de la sociedad, de sus orígenes, de sus tradiciones, de su situacion presente; por otro, sobre el conocimiento filosófico de la sociedad, tal

como debe ser, tal como será un dia, cuando la razon ejerza mejor su imperio sobre los hombres. Esta es, sin duda, una ciencia práctica, porque hácia la política se vuelven de ordinario los que tienen algun cuidado del destino de sus semejantes. Pero la importancia de la política realza el valor de las dos ciencias que le sirven de fundamento. Por el concurso de la historia y de la filosofía, la política deja de ser una série de vacilaciones sin órden y sin objeto, y llega á ser una ciencia; sin la historia, resbala del lado de la realidad y se pierde en las esferas de la imaginacion ó en las aventuras del socialismo; sin la filosofía, carece de principios y de brújula, se petrifica en las tradiciones ó se entrega ciegamente á los esperimentos más funestos. No faltan ejemplos para justificar esta proposicion. ¡Cuántos Estados han caido en los tiempos modernos á causa de una direccion demasiado servilmente adherida á las instituciones del pasado, y cuántos otros se levantan, gracias á un impulso más liberal y más tolerante!

Detengámonos ahora en la *historia de la filosofía*, cuadro de los progresos del pensamiento, que bien merece ser llamado el alma de la historia de la Humanidad, aunque los espíritus tristes no quieren ver más que el espectáculo de los extravíos de la inteligencia. No debe denigrarse ninguna manifestacion de la vida. Vemos en la historia de la filosofía la lucha de las ideas, pero los sistemas no se destruyen unos á otros, se completan y tienden á unirse en una síntesis más vasta: preparan providencialmente, dice un autor, la comunion de lo venidero. Alguna vez las mismas doctrinas vuelven á aparecer bajo otras formas y con nuevos desenvolvimientos; pero esta vuelta tiene tambien su utilidad: los errores contenidos en un principio exclusivo se manifiestan en sus consecuencias, y llegan á ser tanto más sensibles cuanto se producen con más consecuencia y abundancia. Por lo demás, no entraremos en ningun detalle; debemos limitarnos á una exposicion sumaria de las fases principales de la historia de la filosofía.

El primer movimiento filosófico de que la historia hace mencion pertenece á la antigua civilizacion del Oriente. Todos los pueblos orientales tienen sus libros sagrados, en que la filosofía se confunde con la religion. Ante todo la India tiene sus *vedas*, fundamento del brahmanismo, punto de partida de una larga série de sistemas filosóficos hasta la reforma de Sakya-Muni, el Sábio ó Budha, en el siglo VI ántes de nuestra era. La tendencia general de estos

sistemas se resume en un *panteísmo* idealista. Dios se mezcla en el mundo y vive en la naturaleza, en el alma, en todo lo que respira. Los seres salen de Dios por vía de emanación y se suceden según un orden disminuyendo en perfección. El régimen de *castas* es una expresión de este modo de creación aplicado á la humanidad. Los individuos son una ilusión. Hombres, animales y plantas, no tienen más que una misma vida en Dios, como lo enseña la metempsicosis. El alma pasa de una forma á otra y se encarna en todos los reinos de la naturaleza según sus atracciones, como recompensa de sus méritos ó castigo de sus faltas. Su destino es absorberse finalmente en el seno de la divinidad. Este panteísmo degenera insensiblemente en politeísmo. La transición es fácil entre estos dos extremos. La fórmula «Dios es todo» puede igualmente traducirse en esta otra. «Todo es Dios,» bajo la influencia de la imaginación oriental. El *budhismo* no vino á cambiar estas creencias religiosas, pero colocándose en el terreno de la vida moral, predicó la igualdad y la caridad y se levantó contra la degradante institución de las castas. No sin motivo se le ha llamado el cristianismo del Oriente. La reforma acaba por frustrarse en la India, pero los Apóstoles de la «buena ley» que es una «ley de gracia para todos» llevaron la luz y la civilización al Tibet, al Japon, la China y la Tartaria.

El budhismo es hoy día la religión que cuenta mayor número de sectarios. Algunos autores le reprochan el proclamar el ateísmo y el nihilismo (1), pero es más natural en el estado actual de nuestros conocimientos comprender la nada de los budhistas, el *Nirvana*, como el aniquilamiento de la individualidad, absorbida en Dios por el éxtasis y librada en fin de las miserias de la transmigración. El culto de Sakya-Muni no se asemeja solamente al culto católico por su organización papal y monacal; asemejase también por sus instituciones de beneficencia, por su ardor de propaganda y por su espíritu de ascetismo y misticismo.

La *China* tiene también sus libros sagrados, que se remontan á la mayor antigüedad y que presentan la creación del mundo bajo la forma de una serie de emanaciones simétricas ó binarias. Pero el pueblo chino tiene más inclinación á la observación y al análisis que á la especulación y la síntesis: sus tendencias son más bien prácticas y realistas que idealistas y teóricas. *Confucio*, contemporáneo de

(1) Barth. Saint Hilaire.—*Le Boudha et sa religion.*

Budha, viene á dar plena satisfacción á estas cualidades de su raza. Su doctrina es esencialmente moral y subjetiva, como la del reformador de la India, como la que Sócrates iba á inaugurar en el Occidente medio siglo más tarde: es el llamamiento del espíritu á sí mismo, es la voz de la conciencia que se hace entender y que aplica los principios de la razón en el círculo de las relaciones humanas. Confucio es el Budha y el Sócrates de la China. Sus compatriotas le veneran como el institutor del género humano. Además, su doctrina favoreció la introducción y el desenvolvimiento del budhismo en el celeste imperio. Inútil es añadir que la moral de Confucio es la moral cristiana, la verdadera moral. La regla suprema de la vida es el perfeccionamiento de sí mismo; el deber es igual para todos los hombres; en todas las condiciones sociales, es inmutable y absoluto. Cada uno debe obrar para con los demás como querría que se obrase consigo mismo; tal es la doctrina de la humanidad.

La *Persia* no está sin relación con la India. Los Aryanos, que civilizaron una y otra comarca, eran una raza teológica, especulativa y artística. Los libros sagrados de la Persia, los *Nackas*, recuerdan los Vedas, y las lenguas de ambos pueblos, el zend y el sanscrit, son de la misma familia. Las dos literaturas tienen el mismo origen y provienen de la división que estalló en los tiempos prehistóricos entre las ramas del tronco aryo. Por un lado, se desarrolló el culto de Brahma; por el otro, el culto de Ormuzd ó de Ahura-Mazda, revelado por Zoroastro. El *mazdeísmo*, concepción teórica y práctica, señala un genio á la vez contemplativo y observador. Sin perder de vista las grandes ideas de Dios y de la humanidad, introduce en la ciencia las nociones del tiempo, de la actividad, de la lucha, que favorecen los combates de la vida y anuncian el choque de las civilizaciones para el triunfo de la verdad. Sus tendencias son más bien dualistas que unitarias, pero este *dualismo* está lejos de ser absoluto en su origen, como llega á serlo más tarde en las doctrinas que sufrieron su influencia. El principio de todas las cosas es el tiempo sin límites, Dios, lo Eterno, que todo lo sabe y lo conduce hácia su fin. De Dios proceden dos seres contrarios. *Ormuzd*, el genio del bien, del orden y de la luz, y *Ahriman*, el genio del mal, de la discordia y de las tinieblas. Estos dos poderes del día y de la noche crean á su vez los ángeles y los demonios, las cosas útiles y los seres perjudiciales; son rivales y tienden á arrancarse

las criaturas para salvarlas ó para perderlas. El hombre debe imitar á Ormuzd, resistir al mal por la accion y por la oracion, vencerle en su propia vida y en la vida de sus semejantes; porque los hombres son solidarios entre sí, y los mazdeistas no forman más que una sola familia, en el seno de la cual debe reinar la caridad. El que practique el bien subirá al cielo y vivirá con los ángeles bajo el imperio de Ormuzd, pero el que esté impuro y malo descenderá al infierno y vivirá con los demonios bajo la ley de Ahriman. Sin embargo, la luz le levantará un día de las tinieblas. Los malos no son castigados más que por un tiempo; todos los hombres serán al fin revestidos de cuerpos inmortales y gozarán de la felicidad. El infierno será destruido y Ahriman se prosternará delante de Ormuzd. Tal es la pura creencia de los antiguos persas. La religion de los magos se extendió por la conquista sobre toda el Asia occidental. Los Judíos fueron iniciados en ella durante la cautividad de Babilonia y sacaron la nocion de la vida futura, que aun les era desconocida en la época de Moisés. Varios elementos de la religion mazdeista penetraron por esta corriente en el mosaismo y en el cristianismo. Inspira particularmente la cábala, el gnosticismo y el maniqueismo. El sabeismo popular ó el culto de los astros es una degeneracion del culto de Zoroastro.

Por lo demás del Oriente nada conocemos que valga la pena de ser notado. Pasemos á la *Grecia*. Aquí el contraste es patente: tenemos un desenvolvimiento filosófico enteramente libre, independiente de toda revelacion y de todo libro sagrado. La filosofia se desenvuelve sobre su propia base, como distinta de la religion, y se manifiesta como *racionalismo*. Comienza modestamente, busca su camino, se extiende, halla su método y se eleva entónces á las concepciones más sublimes y más regulares. El génio oriental se apodera enseguida del conjunto de las cosas, ama la inmensidad, pero se sumerge en ella; el génio griego, más delicado, más analítico, más prendado de la forma y de la individualidad, llega tambien á la uníversalidad, pero procede por crítica y no por inspiracion, y formula su pensamiento bajo una forma sistemática claramente definida. El arte oriental vive de símbolos y aspira á lo sublime, el arte griego quiere la claridad y se adhiere á lo ideal en la ciencia como en la poesía y en la estatuaria.

Distinguimos tres épocas en el desenvolvimiento de la filosofia griega. Al periodo de *formacion* pertenece una série de escuelas fi-

losóficas que colocan el principio de las cosas, ya en la Naturaleza, ya en los números, ya en el Espíritu, segun las tendencias de la raza jónica y dórica. Bajo el punto de vista geográfico las escuelas marchan de la periferia hácia el centro y acaban por reunirse en Atenas. Bajo el punto de vista de los objetos del pensamiento, gravitan de la ontología hácia la psicología y llegan sucesivamente á la conciencia de sí mismas. Al periodo de *madurez* de la filosofia griega se refieren las escuelas socráticas, sobre todo los sistemas de Platon y Aristóteles, expresion más completa del génio nacional de los helenos. En fin, el periodo de *declinacion* comprende las escuelas de Zenon, Epicuro y Enesidemo; la filosofia toma un carácter cosmopolita, pasa de la Grecia al mundo entero y prepara la obra del cristianismo. El pensamiento griego desde su origen hasta su aniquilamiento sigue todas las fases de un desenvolvimiento orgánico y marcha de frente con la civilizacion.

Tres escuelas principales se forman ántes de Sócrates. La *escuela jónica* fundada por Thales de Mileto, hácia el 640 ántes de J. C., es naturalista: es un ensayo de cosmogonia que explica la Naturaleza, confundida con el conjunto de las cosas, ya por el desenvolvimiento interno de una sustancia primordial, el agua ó el aire, ya por la separacion mecánica de los elementos contenidos en el caos. Esta última explicacion, continuada y desarrollada por Leucipo y Demócrito, dá nacimiento á la teoría atómica, que hace consistir la esencia de todas las cosas en las diversas combinaciones de los átomos y del vacío, operadas por el movimiento. La *escuela itálica*, fundada por Pithágoras de Samos, hácia el 580 ántes de J. C., es una tentativa de construccion matemática del mundo, en que la naturaleza y las relaciones de todos los séres, de Dios y del Universo, de las almas y de los cuerpos, son expresadas por números y proporciones. Esta escuela, cuyas miras son muy elevadas, pero desprovistas de carácter científico, cuyas aplicaciones se extienden á todos los dominios del pensamiento y de la vida, ejerció la más dichosa influencia sobre el desenvolvimiento ulterior de la filosofia. La *escuela eleática*, fundada por Jenófanes, hácia el 540 ántes de J. C., y continuada por Parménides de Elea, en la Magna Grecia, es idealista: Dios es el Sér puro, inmutable, indivisible, que llena todo el espacio; todo es uno en Dios, $\epsilon\nu\ \tau\omicron\ \theta\epsilon\upsilon\ \kappa\alpha\iota\ \tau\omicron\ \pi\acute{\alpha}\nu$, y Dios es idéntico al pensamiento; nada cambia, nada se mueve, nada es múltiple; el mundo exterior no es más que una ilusion de nuestros sentidos. A

estas diversas escuelas suceden algunas doctrinas independientes, ménos exclusivas. Segun Heráclito, el mundo es un fuego que se enciende y se apaga periódicamente; el fuego es el principio inmutable y racional de las cosas; todo lo demás cambia y se transforma, todo muda, todo está en un flujo perpétuo. Segun Empédocles, el mundo sensible, formado de los elementos del fuego, del aire, del agua y de la tierra, tiene por tipo el mundo inteligible ó divino; Dios es el amor que vivifica el Universo, y lo penetra todo con su esencia. Segun Anaxágoras, el mundo material, compuesto de partículas semejantes, que se mezclan y se separan, basta para la explicación de los fenómenos de la Naturaleza, pero el mundo no se explica sin un principio superior, distinto del de la materia; Dios, el $\nu\omicron\sigma\varsigma$, es el ordenador del mundo, la causa del movimiento y de la vida. Anaxágoras fué acusado de ateista. Todos estos filósofos afirmaban, sin demostrar nada. Su dogmatismo superficial debía desaparecer ante el primer soplo del excepticismo. Tal fué la misión de los *sofistas*. Georgias enseñaba que nada es verdadero, y Protágoras que todo es verdadero para el que afirma, que se puede igualmente sostener el pró y el contra respecto á toda proposición, que el hombre, en fin, es la medida de todas las cosas.

En esta época apareció Sócrates, nacido en Atenas, el 469 ántes de J. C. Sócrates sintió la debilidad de las doctrinas anteriores y comprendió la injusticia que debía resultar para la causa de la verdad, de la moralidad y de la justicia. Buscó el remedio al mal y lo encontró. Aplazando toda investigación ontológica sobre el mundo, llamó al espíritu, sujeto del conocimiento, á la conciencia de sí mismo. El punto de partida de la ciencia está en efecto en el yo. El yo es lo que debe analizarse por completo ante todo, si se quiere proceder con método y llegar á la certeza. De ahí la fórmula del oráculo, adoptada por Sócrates $\gamma\upsilon\omega\theta\iota\ \sigma\epsilon\alpha\upsilon\tau\omicron\nu\varsigma$; de ahí también la *duda provisional* respecto de lo que es aun hipotético, la *ironía* respecto de los sofistas que se enorgullecían de saberlo todo, y el arte de dar á luz los espíritus, la *maieutica*, que consiste en sacar del fondo del alma por efecto de una dialéctica hábil una multitud de verdades cuya presencia no se sospechaba. El mismo Sócrates aplicó este método conversando con sus oyentes, y limitándose á la práctica, á la vida moral, social y religiosa, desarrolló las más sublimes verdades que interesan al destino de los seres racionales. Su muerte heroica dió testimonio del valor de sus convicciones.

El método de Sócrates inspiró á sus discípulos y dió origen á sistemas bien diversos. La escuela *cínica* de Antístenes coloca el soberano bien en la virtud, y la virtud en la independencia. La escuela *cirenáica* de Aristipo enseña el arte de gozar de la vida ó funda la filosofía del placer, el hedonismo. Estas dos escuelas se fundieron más tarde en el estoicismo y en el epicureismo. La *escuela megárica* de Euclides se ocupa de sutilezas dialécticas y desenvuelve la polémica. La *escuela escéptica* de Pirron insiste sobre las dificultades de la ciencia y recomienda al sábio suspender su juicio. Pero estas escuelas no habían comprendido más que los puntos parciales de la enseñanza de Sócrates. El pensamiento del maestro se manifiesta, en fin, de la manera más completa y más brillante en la *escuela académica*.

Platon, nacido en Atenas el 429 ántes de J. C., se eleva á un punto de vista superior que le permite aceptar lo que hay de exacto en las doctrinas anteriores y reunir en una vasta síntesis todas las partes teóricas y prácticas de la filosofía. Reconoce á Dios como el Sér de toda realidad, $\tau\omicron\ \delta\upsilon\tau\omega\varsigma\ \delta\upsilon$, que no es solamente la unidad pura de los Eleatas, sin el movimiento y la vida, ni el puro mudar ó la multiplicidad indefinida de Heráclito, sin la consistencia, sino el principio uno y absoluto de todo lo que es, el Ordenador Supremo que ha organizado el mundo segun las ideas eternas, la Providencia, que conduce todos los seres con sabiduría, con amor, con justicia hácia los fines de la razón. Nada falta á esta noción fundamental, á no ser una distinción más clara entre Dios como Sér uno y entero y Dios como Sér Supremo. La inmanencia de Dios en el mundo no es para Platon más que una inmanencia ideal; el mundo sensible ó material es en sí mismo un no sér ($\mu\eta\ \delta\upsilon$) que subsiste eternamente fuera de Dios, al lado del sér, sin forma ni cualidad, fuente del mal, simple objeto de la actividad trascendente de Dios. De ahí un germen de dualismo en la doctrina platónica, si se considera la oposición que establece entre Dios y la materia, entre el sér y el no sér, y por el contrario, un germen de panteísmo idealista, si se entra en las miras de Platon, haciendo abstracción de la realidad sensible, que no es más que la sombra de la verdadera realidad. Entre el alma y el cuerpo la relación es la misma que entre Dios y la Naturaleza: el alma es de origen divino, ha vivido ya íntimamente unida á Dios, pero ha debido sufrir por sus trasgresiones la caída ó la vergüenza de una encarnación en la vida actual; el